



Jiwasanaka: Nosotros

Al leer los poemas de Marcelo Arduz Ruiz, plasmados en su libro "Jiwasanaka: Nosotros" uno tiene la impresión de ser coautor de todos ellos ya que "Nosotros somos nosotros", lo mismo antes que después "Nosotros somos todos".

Precisamente el vocablo *nosotros* sintetiza la universalidad de sangre, de cosmovisiones, de preguntas, de respuestas, de dudas, de medias verdades, de acertijos. Marcelo Arduz, representa la mismidad del hombre hecho principio y hecho verbo: No hay posibilidad de ser auténtico sin reconocer, el aporte de los otros que nos distingue y nos une. Nosotros en cuanto a creación somos individualidad y somos complementariedad, no es posible concebir al hombre auténtico sin su acerbo y bagaje genético, sin sus preguntas universales, sin sus múltiples caminos para llegar a una única verdad que nunca termina de serla.

Un pensador de la Edad Media en un acto de íntima honestidad:

"BUSQUÉ A DIOS Y NO LO ENCONTRÉ, BUSQUÉ A MI HERMANO Y NOS ENCONTRAMOS LOS TRES".

Marcelo Arduz, nos propone encontrar al hombre "Pluribus unus", en la solidaridad de vivir día a día la existencia llena de contradicciones y por lo tanto llena de necesidades de comprensión. Su humanismo antropocentrista nos señala que si te hiero me hiero, que si te mato me mato, que si fracasas fracasas y si triunfas triunfo, porque la interdependencia existencial de los seres humanos reconciliados con la naturaleza, nos hace vivir bajo un mismo cielo en el que confluyen muchas sangres, muchas éticas, muchas cosmovisiones de seres inequivocablemente únicos.

El libro Jiwasanaka, es un canto a la interrelación humana, es un compendio de reconciliaciones generacionales, es un acervo literario que elige la universalidad del lenguaje para narrar con auténtica etología la ética del nosotros desde todas las sangres. desde todas las letras:

(Si sin nosotros no eres

Nada, sino tú mismo...

Si sin nosotros no eres

Nada, sino vida...

Si sin nosotros no eres

Nada, sino muerte...

Eres el que mira, camina, escucha;
De pronto duerme, y se despierta;
Roncas tiemblas y se rie...

El que Es, porque nació,
Nació de entrañas ajena,
De voluntad ajena,
De casualidad ajena,
Ajenas como tu muerte.

Eres ladrón de vida,
Vida robada que aún no es tuya,

Si no eres nada, sino tú mismo,
Si no eres nada, allá, fuera de tu cuerpo
No te quedes ahí, viviéndote cada día
Muriéndote cada día
No te quedes ahí.

Al comenzar decíamos que nos sentimos autores de los versos de Marcelo, porque nos vemos representados en todas las preguntas y en la potencialidad de sus respuestas. Justamente nada se cierra, nada se responde definitivamente.

El autor se propone a sí mismo como un SER que está SIENDO, y nos arrastra en un torbellino de auténticas e invisibles formas de ver la vida, de ver la luz y aún la misma muerte. ¿Cómo no podríamos sentirnos identificados con la vida mil veces vivida y con la muerte mil veces muerta, si por nuestra sangre corre la historia, la geografía, la filosofía de nuestros abuelos y de los tatarabuelos de nuestros abuelos, que nos convocan a renacer del polvo en el que todos somos uno, para volver a surgir en poesía y formular la nueva pregunta de "Dónde está mi fuente" ... ¿Soy El?... y encontrar la respuesta de siempre "Soy Nosotros: Jiwasanaka".

Oswaldo Cuevas Gaete

Cuento: Virtual
Valor: Medio real

El «ma

Negro Pabellón, hace muchos años atrás era un pueblo de apariencia próspera, debido a la presencia de una empresa explotadora de sus yacimientos de minerales y al sacrificio de los obreros.

En esa época no existían leyes sociales que favorecieran a los trabajadores, por ello, a los de interior mina no les proporcionaban guardatojos, botas de goma, sacos impermeables, guantes y hachas queridas. Con sus propios medios cada uno adquiría para protegerse contra la insalubridad de las galerías: sombrero de fieltro grueso, un par de mocasines burdos hechos de cuero crudo de res; llamados "p'holq's" y medianas de caño grueso, conocidas como "chanchacos", un saco de arpillería para impermeable, camisa de tocuyo torcido, una "uk'unchana" de bayeta de la tierra, una cantimplora para llevarla en bandolera, una lámpara a carburo y la "ch'usp'a" para su coca.

La empresa, mediante pulperia, diariamente proveía los comestibles estrictamente necesarios, a cuenta de sus salarios, que no compensaban plenamente el sacrificio de los mineros.

Allí en Negro Pabellón, a casi cuatro mil metros sobre el nivel del mar, la gente convivía con entereza y en armonía, sobrellevando el rigor del frío. El inclemente clima de la región de la Cordillera de Azanaques, no fue obstáculo para que tengan lugar diversas actividades sociales, culturales, religiosas y deportivas, en acuerdo con las modestas posibilidades económicas de la población. Anualmente se celebraba una festividad religiosa, con arcos, entrada, banderines, coheteños y fuegos artificiales, presidida por el sacerdote que viajaba con tal motivo desde Oruro.

También los aficionados al fútbol tenían sus equipos. Había una banda de música formada por algunos trabajadores. Esta banda realizaba la fiesta anual religiosa y también amenizaba los partidos de fútbol.

En esas ocasiones, un mozo desaliñado y chillido, tocaba el bombo moviéndose grotescamente y haciendo gestos ridículos, exhibición que ya a nadie llamaba la atención, por repetida y desgastada. Este excéntrico individuo era tolerable por ser útil a la comunidad.

Un día gris, inesperadamente comenzó a propagarse en la población, el rumor de que la empresa había decidido reducir personal.

Después del soñocón, los ánimos se serenaron y ante la inminencia de la reducción, los trabajadores establecieron sus planes para irse a otros lugares en busca de empleo.

El rumor se evidenció. La empresa procedió a exonerar de sus puestos a una buena parte de empleados y obreros. Había llegado el otoño de Negro Pabellón. Los exonerados recibieron sus liquidaciones e inmediatamente embalaron sus pertenencias hogareñas.

Algunos ex-trabajadores pasaron con rumbo a otros centros mineros. Varios lograron colocación en San José, Itos o La Colorada, integrándose de esa manera, al tránsito diario de la ciudad y al reposo en sus noches apacibles.

El primer día domingo del mes que cofría, fue inaugurada la tradicional temporada del Calvario en la Plazaleta del Santuario de la Virgen del Socavón. Aparecieron en los zaguánnes de la calle Cochabamba, las pallas de cobre colgándose arriba de las brasas de un fogón, vistiendo de blanco con albarán, las arvejas y manies, nueces y anices, convirtiendo dichos testostones, en deliciosos "confites" carnavalescos. Los bordadores y careteros ya estaban dando los últimos toques a los fantásticos disfraces, las familias recolectando cáscaras enteras de huevos de gallina, para fabricar su artillería de "cascarrones" con "aguas perfumadas" para dispararlos el día de la "ch'alla". En fin, los preparativos en los detalles esenciales, estaban listos.

Y llegó el carnaval con su cohorte de "pasantes" y cargamentos, diablos, morenos, tobas, chunchos, llameros, Incás, kullawas, minervitos y grupos autóctonos. El día sábado, en la fervorosa entrada del carnaval, a lo largo del recorrido de los grupos de danzantes hacia el Santuario de la Virgen del Socavón, en la barida de música de la diablada de los matarifes, el público espectador apostado en las aceras de calles y avenidas de la ciudad, con sorpresa e hilaridad vio por primera vez a un individuo, tocando el bombo con movimientos grotescos y gestos ridículos, sacudiendo sus hombros. El domingo de carnaval y los días siguientes en la Diablada de los Matarifes, se le volvió a ver tocando su bombo en la misma forma. Éste era el "tarimbana" que tocaba el bombo en la banda de música de Negro Pabellón y que había llegado a Oruro con los exonerados de entonces.

Pasó ese carnaval y el "tarimbana" reinició sus ocupaciones de "q'epir" en la estación del ferrocarril, en los mercados, en el camal, de peón eventual etc. Era un "buscavidas" activo, servicial y

comedido, "pobre pero encantador".

Un día, la mujer de un carretilla cargada con una caja, se perdió en un lugar que ella le indicó.

El chancho llegó a su casa, aquella chola de la escarcha al cinto, contó anexas.

La mujer del matarife eran "caseritas". Después de la porcina y la cancelación de la mirada escudriñadora se "tarimbana" que en su urgencia, sus otros rodearon a su maestro de la "ch'aka" que realzó su mesa puesto y vivienda.

El solicitado "tarimbana"

ofrecimiento comprometió

señora del matarife y dejó

En el trayecto de vuelta

señora que siempre hablaba en Negro Pabellón, ni

En Oruro también bus

ahora... la mamita del S

permanente.

Más tarde volvió el flan

cargado de una destalada de otros bártulos. Inmediatamente del último rincón del seguimiento le puso a disposición del

remover con el espéculo la

A la hora de la comida, de remanentes reunidos anterior, quizás también "tumazos". El "tarimbana"

A partir de ese día, el "tarimbana", fue sujeto de que no le dejaba respirar abundante y siempre mixto, le faltaba el elemento para

En cualquier momento para utilizarlo en otros tr

Con una de sus sirvientas

todas las chicherías, donde

Los días sábados atípicos, especial, los trozos de carne crepitante presas de chicharrón, el fogón construido especialmente.

Considerándose músico que se le presentó, se metió entonces cada vez que fuese instrumento de percusión sin importarle un bledo de "ch'alla" y "compás" y que el "maestro" estribos. La "guitarra"; la copatración del "pollín" graciérase ante su patrón extremo de no tener ni una jornada de trabajo. Ya su sustancia tuviera. La guitarra su nombre en el momento de "mantequilla". Así que trataban con ese "mantecu bautizo. El apodo salió de hasta en las calles fue conocido.

La "guitarra" aseveró no masticaba coca en su aguardiente, que solamente claudicaría para poder mejor trabajar fuerte.

La "guitarra" tenía poco personal permanente del "winapó", proceso que se prendió de la mujer que la profesó amor sincero,